

Atrapada con una impostora, por Daniela Alfonzo

Allí estaba ella, con sus rulos de resorte y sus grandes ojos café, eran las tres de la tarde aproximadamente, sentada en su sillón de siempre, en lo que llamaba su "proceso creativo", que ni ella misma se creía, sobresaltada por el mismo megáfono mandamás que le retumbaba en los oídos, seguido de los innumerables insultos y gritos de la gente incrédula. A lo lejos o quizás no tanto, escuchaba el susurro de los rezos de un rosario que en dieciséis minutos exactamente se convertirían en un grito.

-¿Vas a comer? Dijo su madre.

- A lo que ella contestó con la misma incertidumbre de siempre- Será.

La relación se había tornado más amena de lo normal, los desayunos y almuerzos eran esperados con ansias para compartir en una pequeña mesa que se ubicaba en la sala, Agustina estaba sorprendida por las pocas o inexistentes discusiones que habían ocurrido en esos meses, que en su visión parecían interminables, un hecho sorprendente viniendo de su madre.

-¿Qué le hicieron? ¿Quién es esa mujer? , pensaba Agustina.

Los meses grises y melancólicos seguían transcurriendo, las muertes y las malas noticias se acercaban cada vez más, y a pesar que ella se negaba, la monotonía se adueñaba de su día a día, se sentía atrapada, ahogada en cuatro paredes, un metro cincuenta de pura angustia.

-¿Qué pasará con mi familia? No quiero que nadie pase por eso ¿Mi mamá estará bien? Todos los pensamientos de Agustina iban dirigidos a los demás.

-¿Mamá te sientes bien? Era la clásica pregunta que le hacía Agustina a su madre en cada momento que se le diera la oportunidad.

Los días de Agustina parecía una montaña rusa de emociones, algunos pintados como un cuadro de Aron Wiesenfeld con colores opacos y llenos de frustraciones, otros se parecían más al "El grito" de Edvard Munch repleto de preocupación e incertidumbre y por supuesto, unos a rebosar de colores brillantes y figuras abstractas que podías darle un sinnúmero de significados.

Ese día, era uno de esos que parecía ser totalmente normal, lo que no esperaba Agustina, es que se encontraría con su más grande impostora, sí, esa que no la dejaba avanzar, que la mantenía anclada a todos sus miedos, esa que le decía:

-“Agustina no eres lo suficientemente buena”, “no vas a poder con eso” y un montón de creencias que posiblemente no eran del todo ciertas pero que Agustina se las creía.

Allí se encontraba parada frente a su gran espejo, ese que miraba a todo lo que tenía a su alrededor, señalando y juzgando, sin embargo giraba en diferente dirección, y sólo por ésta vez no miraba hacia afuera sino hacia adentro, para su sorpresa era un reflejo que no reconocía, todo aquello que había sido alguna vez en su vida ya no existía o estaba escondido.

Sus grandes sueños, aspiraciones y gustos habían quedado atrás por la necesidad de no perder tiempo, y allí estaba, frente a una bailarina, a la personas más creativa que había conocido, frente a esa persona que era capaz de pintar los días grises de infinitos arcoíris, posiblemente frente a esa persona que era la única capaz de cambiar su realidad. Y allí estaba frente a su más grande impostora llamada Agustina.